



LA NOVELA DEL PORVENIR

CON este título publica en la *Revue de Deux Mondes*, de París, M. Fernando Brunetière, su acostumbrada revista literaria, y quiero decir algo de este notable artículo, uno de los mejor pensados que, á mi juicio, han salido de la pluma del ilustre crítico. Hace muchos años, tal vez desde que Brunetière escribe en la famosa *Revista*, y de fijo desde mucho antes de adquirir él la gran autoridad que hoy tiene, leo constantemente los trabajos críticos de este publicista; y si bien, antes de oír á nadie elogiar sus facultades, admiraba yo su talento, su erudición, la habilidad con que penetra en las entrañas de las ideas, y el fino análisis con que sabe apagar entusiasmos, defender tradiciones y combatir paradojas, y aun sostener las suyas, jamás había leído un estudio de M. Brunetière que por entero me agradase.

Ha sido uno de los escritores de *estética aplicada* que más me han hecho ejercitar la espontaneidad del juicio, pues siempre le he leído contradi-

ciéndole; he procurado penetrar toda su idea para encontrar todavía un pero. Algo semejante me sucede con el Sr. Cánovas; por supuesto, cuando este señor escribe cosas que tienen fondo.

He escrito mucho, muchísimo, contra Brunetière, no por él, que es claro que no ha de saber de mí, sino por la influencia que su crítica ejerce en muchos franceses, que á su vez influyen en los españoles, y en algunos de éstos directamente, como v. gr., el citado Sr. Cánovas, que al juzgar perentoriamente en sus discursos de circunstancias la literatura francesa contemporánea, casi siempre se guía por las afirmaciones de Brunetière y su compañero Valbert (Victor Cherbuliez).

Mas hoy, alegrándome de ello, tengo ocasión de alabar, casi sin reservas, lo que Brunetière dice al terciar en la famosa cuestión de la *Novela novelesca* promovida por el Sr. Prevost, un joven de grandes esperanzas, según la opinión de Brunetière mismo y la de Alejandro Dumas, sin citar á otros. En España, un periódico popular y amigo de las letras, *El Heraldo de Madrid*, ha traducido la cuestión, por decirlo así, y hasta ahora ha publicado el dictamen respetable de Valera y la señora Pardo Bazán, entre otros de menor cuantía; como, v. gr., el de quien esto escribe. De la opinión de la señora Pardo ya he hablado en *El Heraldo* mismo, y ahora quiero referirme sólo á lo

dicho por el Sr. Valera, comparándolo con el artículo del crítico francés que me sirve de asunto.

Brunetière da á la cuestión y á M. Prevost más importancia que Valera, y creo (contra lo que suele ocurrirme) que tiene más razón Brunetière que nuestro D. Juan. *La Novela del porvenir*, y aun la que Prevost pide, no es la novela enfermiza: ni es este epíteto que debe prodigarse, si no hemos de ser injustos.—Estamos en un país en que hay que tener poco miedo al sentimentalismo y mucho á otras cosas. En la España de la *semana del Corpus*, la de este año, la de los toreros sacrificados al Moloch de *nuestras pintorescas tradiciones*, no hay para qué dar la voz de alarma contra la epidemia de la literatura visionaria y sensible. No hay miedo de que muramos de empacho de mis-ticismo *fin de siècle*, en una tierra en que el primer crítico afirma que valen más las *escenas andaluzas del Solitario*, que la obra de Mariano José de Larra.

La cuestión de la novela futura existe. Dice muy bien Brunetière: el arte, no por ser inspirado, es inconsciente, ni siquiera irreflexivo. Para ser arte necesita, ante todo, la reflexión. Muy bien; es evidente. El poeta que no *sabe lo que se hace*, no es artista. El novelista no es artista tampoco, si no hace, en general, lo que se proponía y como se lo proponía. Por lo cual son legítimas las escue-

las y legítimas las polémicas de estética. Se puede perder el tiempo hablando de estética literaria, pero será si se habla mal. Así, se puede perder el tiempo hablando de cualquier cosa, hasta de presupuestos. Yo creo que en este mundo se ha divagado mucho más hablando de lo práctico que hablando de lo teórico.

Mejor se tolera el discurso de un profesor que el de un dentista. Que hable Castelar tres horas, puede soportarse; pero el Sr. Cos-Gayón debiera contentarse con hacernos ricos sin decírnoslo.

Que ésta, que puede llamarse ya literatura universal, en el sentido en que es universal el derecho romano, por ejemplo, quiera pensar los pasos que da, quiera discernir las causas de su movimiento, no tiene nada de extraño ni de bizantino.

Admitida y demostrada la legitimidad de la cuestión, el crítico francés comienza á analizar los caracteres que tendrá, á su juicio, la novela del porvenir. Este examen de M. Brunetière se resiente del defecto de que adolecen casi todos los de su índole hechos por los franceses: trata el asunto en su aspecto general, confundiéndolo con su aspecto puramente nacional; algo de lo que dice se refiere á la novela de cualquier país culto de Europa y aun de América; lo demás es puramente relativo á Francia, sin que el crítico piense en señalar la correspondiente distinción.

Así, v. gr., una de las notas que espera de la novela nueva, y que le pide, es que salga de París y estudie en la *provincia* multitud de relaciones, de formas que hoy no se estudian ni pintan. En efecto, por lo que á Francia toca, la novela es excesivamente centralista, de la capital. Pero en otras naciones no es así. En España, la novela digna de ser leída, entre las modernas, es más bien provinciana que madrileña, en general. Verdad es que tampoco es Madrid á España lo que París á Francia: es mucho menos.

También prevé Brunetière que la novela del porvenir se inclinará en cierto modo al misticismo. Dando á esta palabra un sentido muy lato, muy vago, yo creo que acierta Brunetière. Él ve en esto peligros que indudablemente existen; pero que serán muy diferentes en Francia y en España, si por acaso se llega á escribir por acá la novela mística.

Enlazando esta materia con su pensamiento de que el arte significa siempre un propósito, un fin racionalmente prefijado, el crítico francés sostiene que será la novela del porvenir *idealista*, en el sentido de que la invención del novelista, la acción de su obra irá, mediante la composición, á un objeto racional, á una *idea* previamente determinada. Al llegar aquí da la razón á los simbolistas modernísimos que atacan al naturalismo por conten-

tarse con ser una forma, un reflejo, *sin concluir nada*, sin leer ninguna *idea* en la realidad imitada.

A mi entender, podría formularse la doctrina de Brunetière diciendo que la *imitación*, no *por ser fiel*, *deja de ser un pensamiento*.

Pero á esto digo yo, sin negar que tal pueda ser la tendencia de la novela futura, que así como Brunetière distingue la acción de la composición, hay que distinguir la composición de la idea que se quiere ver expresada por la acción. La composición es cosa del libro, de la obra como artística; se refiere, por decirlo de este modo, á exigencias técnicas de la estética; y la *idea* ha de penetrar en la acción... sin desnaturalizarla. Lo cual es muy difícil. La *morfología* de la vida no tiene por leyes las que el subjetivismo pretenda imponerle; y más ha pecado el arte, hasta ahora, contra la naturalidad de la acción, que contra la de los caracteres. A esto me refería yo en este otro artículo, cuando examinaba las obras *sociológicas* de Zola, sus novelas dedicadas á entidades, no á organismos. El mayor defecto del teatro en general, y del teatro *tendencioso* en particular, es este *idealismo* (en el sentido que dice Brunetière) de la acción.

Con gran perspicacia, el ilustre crítico, además de indicar las cualidades del naturalismo que permanecerán, como el esmero en la observación, la influencia del medio, la impersonalidad, etc., se

refiere á las propiedades artísticas que los naturalistas debieran, lógicamente, haber aprovechado en sus novelas, y que no pasaron de los programas, de las teorías. Es verdad, y yo lo he indicado varias veces: el naturalismo, lejos de estar próximo á su muerte, aún tiene sin cumplir gran parte de su idea; no ha llegado el momento de su perfección. Basta pensar en el teatro para verlo así.

Y ¿quién será en Francia iniciador, por lo menos, de esa novela que se espera? La verdad es que no se ve por ningún lado nada que se parezca á un Zola del nuevo idealismo, ó como se llame. Sin embargo, M. Brunetière señala tres nombres como dignos de llevar en sí la divisa de la nueva tendencia. Tal vez llegue á ser portaestandarte el mismo Prevost, á quien nuestro Valera trata con cierto desdén. Otros dos escritores indica el severo crítico francés: Marguerite y Rosny.

Siento cierta emoción de vanidad al recordar que cuando M. Rosny era poco conocido, yo me fijé con particular atención en su novela *Le Termyte*, que iba publicando la Revista de madama Adam.

¿Y en España? ¿Qué hay de nuevas tendencias, y quién las representa, si existen?

Eludo una respuesta que sería poco halagüeña, haciendo notar que el tratar de tal asunto excede de la materia propia de este artículo, que se reducía á comentar el de M. Brunetière.